

LA NOVELA DEL TRANVÍA ¹

Cuando la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorría, sentado en la imperial de un ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y para el observador, nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso el vagón se detiene, y abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando a Dios dar, y detrás del paraguas la figura ridícula de algún asendereado cobrador, calado hasta los huesos. Los pasajeros se ondulan y se dividen en dos grupos compactos, para dejar paso expedito al recién llegado.

Así se dividieron las aguas del Mar Rojo para los israelitas lo atravesaran a pie enjuto. El paraguas escurre sobre el entarimado del vagón, que, a poco, se convierte en un lago navegable. El cobrador sacude su sombrero y un benéfico rocío baña la cara de los circunstantes, como si hubiera atravesado por enmedio del vagón un sacerdote repartiendo bendiciones e hisopazos. Algunos caballeros estornudan. Las señoras de alguna edad levantan su enagua hasta una altura vertiginosa, para que el fango de aquel pantano portátil no las manche. En la calle, la lluvia cae conforme a las eternas reglas del sistema antiguo: de arriba para abajo. Mas en el vagón hay lluvia ascendente y lluvia descendente. Se está, con toda verdad, entre dos aguas.

Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniaturesca arca de Noé, sacando la cabeza por el ventanillo, no en espera de la paloma que ha de traer un ramo de oliva en el pico, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El vagón, además, me lleva a muchos mundos ¹

¹ Apareció en el periódico *La Libertad* en 1882. Incluido en *Cuentos fríos* (1885).

desconocidos y a regiones virgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy a Uds. mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pin-tarlas con lodo, mensualmente.

Más allá de la peluquería de Miccoló, hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela del Tequesquite y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón de Salsipuedes. No es verdad que los indios bárbaros estén acampados en esas calles exóticas, ni es tampoco cierto que los pieses rojas hagan frecuentes excursiones a la plazuela de Regina. La mano providente de la policía ha colocado un gendarme en cada esquina. Las casas de esos barrios no están hechas de lodo ni tapizadas por dentro de pieles sin curtir. En ellas viven muy discretos caballeros y señoras muy respetables y señoritas muy lindas. Estas señoritas suelen tener novios, como las que tienen balcón y cara a la calle, en el centro de la ciudad.

Después de examinar ligeramente las torcidas líneas y la cadena de montañas del nuevo mundo por que atravesaba, volví los ojos al interior del vagón. Un viejo puño de su paraguas. No se había rasurado. En el le crecía "cual ponzonosa hierba entre arenales". Probablemente no tenía en su casa navajas de afeitar... ni una peseta. Su levita necesitaba aceite de bellotas. Sin embargo, la calvicie de aquella prenda respetable no era prematura, a menos que admitamos la teoría de aquel joven poeta, autor de ciertos versos cuya dedicación es como sigue:

*A la prematura muerte de mi abuelita,
a la edad de 90 años.*

La levita de mi vecino era muy mayor. En cuanto al paraguas, vale más que no entremos en dibujos. Ese paraguas, expuesto a la intemperie, debía semejarse mucho a las banderas que los independientes sacan a luz el 15 de septiembre. Era un paraguas calado, un paraguas metafísico, propio para mojarse con decepción. Abierto el paraguas, se veía el cielo por todas partes.

¿Quién sería mi vecino? De seguro era casado, y con hijas. ¿Serían bonitas? La existencia de esas desventuradas criaturas me parecía indisputable. Bastaba ver aquella levita calva, por donde habían pasado las cerdas de un cepillo, y aquel hermoso pantalón con su coqueto remiendo en la rodilla, para convencerse de que aquel hombre tenía hijas. Nada más las mujeres, y las mujeres de quince años, saben cepillar de esa manera. Las señoras casadas ya no se cuidan, cuando están en la desgracia, de esas delicadezas y finuras. Incuestionablemente, ese caballero tenía hijas. ¡Pobrecitas! Probablemente le esperaban en la ventana, más enamoradas que nunca, porque no habían almorzado todavía. Yo saqué mi reloj, y dije para mis adentros:

—Son las cuatro de la tarde. ¡Pobrecillas! ¡Va a darte un vahído! Tengo la certidumbre de que son bonitas. El papá es blanco, y si estuviera rasurado no sería tan feote. Además, han de ser buenas muchachas. Este señor tiene toda la facha de un buen hombre. Me da pena que esas chiquillas tengan hambre. No había en la casa nada que empeñar. ¡Como los alquileres han subido tanto! ¡Tal vez no tuvieron con qué pagar la casa y el propietario les embargó los muebles! ¡Mala alma! ¡Si estos propietarios son peores que Cain!

Nada; no hay para qué darle más vueltas al asunto: la gente pobre decente es la peor traida y la peor llevada. Estas niñas son de buena familia. No están acostumbradas a pedir. Cosen ajeno; pero las máquinas han arruinado a las infelices costureras y lo único que consiguen, a costa de faenas y trabajos, es ropa de mudición. Pasan el día echando los pulmones por la boca. Y luego, como se alimentan mal y tienen muchas penas, andan algo enfermitas, y el doctor asegura que, si Dios

no lo remedia, se van a la caída de la hoja. Necesitan carne, vino, píldoras de hierro y aceite de bacalao. Pero, ¿con qué se compra todo esto? El buen señor se quedó cesante desde que cayó el Imperio, y el único hijo que habría podido ser su apoyo, tiene rotas las dos piernas. No hay trabajo, todo está muy caro y los amigos llegan a cansarse de ayudar al desvalido. ¡Si las niñas se casaran!... Probablemente no carecerán de admiradores. Pero como las pobrecitas son muy decentes y nacieron en buenos pañales, no pueden prendarse de los ganapanes ni de los pollos de plazuela. Están enamoradas sin saber de quién, y aguardan la venida del Mesías. ¡Si yo me casara con alguna de ellas!... ¿Por qué no? Después de todo, en esa clase suelen encontrarse las mujeres que dan la felicidad. Respetto a las otras, ya sé bien a qué atenerme.

¡Me han costado tantos disgustos! Nada; lo mejor es buscar una de esas chiquillas pobres y decentes, que no están acostumbradas a tener palco en el teatro, ni ca- yo la educaré a mi gusto. Le pondré un maestro de piano. ¿Qué cosa es la felicidad? Un poquito de salud y un poquito de dinero. Con lo que yo gano, podemos mandarnos ella y yo, y hasta el angelito que Dios nos mande. Nos amaremos mucho, y como la voy a sujetar a un régimen higiénico se pondrá en poco tiempo más fresca que una rosa. Por la mañana un paseo a pie en el Bosque. Iremos en un coche de a cuatro reales hora, o en los trenes. Después, en la comida, mucha carne, mucho vino y mucho hierro. Con eso y con tener una casita por San Cosme; con que ella se vista de blanco, de azul o de color de rosa; con el piano, los libros, las maceatas y los pájaros, ya no tendré nada que desear.

Una heredad en el bosque:

Una casa en la heredad;

En la casa, pan y amor

¡Jesús, qué felicidad!

Además, ya es preciso que me case. Esta situación no puede prolongarse, como dice el gran duque en la *Gue-*

rra Santa. Aquí tengo una trenza de pelo que me ha costado cuatrocientos setenta y cuatro pesos, con un pico de centavos. Yo no sé de dónde los he sacado: el hecho es que los tuve y no los tengo. Nada; me caso decididamente con una de las hijas de este buen señor. Así las saco de penas y me pongo en orden. ¿Con cuál me caso? ¿con la rubia? ¿con la morena? Será mejor con la rubia... digo, no, con la morena. En fin, ya veremos. ¡Pobrecillas! ¿Tendrán hambre?

En esto, el buen señor se apea del coche y se va. Si no lloviera tanto —continué diciendo en mis adentros— le seguía. La verdad es que mi suegro, visto a cierta distancia, tiene una facha muy ridícula. ¿Qué diría, si me viera de bracerío con él, la señora de Z? Su sombrero alto parece espejo. ¡Pobre hombre! ¿Por qué no le inspiraría confianza? Si me hubiera pedido algo, yo le habría dado con mucho gusto estos tres duros. Es persona decente. ¿Habrán comido esas chiquillas?

En el asiento que antes ocupaba el cesante, descansa ahora una matrona de treinta años. No tiene malos ojos; sus labios son gruesos y encarnados; parece que los acaban de morder. Hay en todo su cuerpo bastantes redondeces y ningún ángulo agudo. Tiene la frente chica, lo cual me agrada porque es indicio de tontería; el pelo negro, la tez morena y todo lo demás bastante presentable. ¿Quién será? Ya la he visto en el mismo lugar y a la misma hora dos... cuatro... cinco... siete veces. Siempre baja del vagón en la plazuela de Loreto y entra a la iglesia. Sin embargo, no tiene cara de mujer devota. No lleva libro ni rosario. Además, cuando llueve a cántaros, como está lloviendo ahora, nadie va a novenarios ni sermones. Estoy seguro de que esa dama lee más las novelas de Gustavo Droz que el *Menosprecio del mundo* del padre Kempis. Tiene una mirada que, si hablara, sería un grito pidiendo bombros. Viene cubierta con un velo negro. De esa manera libra su rostro de la lluvia. Hace bien. Si el agua cae en sus mejillas, se evapora, chirriando, como si hubiera caído sobre un hierro candente. Esa mujer es como las papas: no se

fien Uds., aunque las vean tan frescas en el agua: que-
man la lengua.

La señora de treinta años no va indudablemente al
novenario. ¿A dónde va? Con un tiempo como este nadie
sale de su casa, si no es por una grave urgencia. ¿Esta-
rá enferma la mamá de esta señora? En mi opinión,
esta hipótesis es falsa. La señora de treinta años no
tiene madre. La iglesia de Loreto no es una casa parti-
cular ni un hospital. Allí no viven ni los sacristanes.
Tenemos, pues, que recurrir a otras hipótesis. Es un he-
cho constante, confirmado por la experiencia, que a la
puerta del templo, siempre que la señora baja del va-
gón, espera un coche. Si el coche fuera de ella, vendría
en él desde su casa. Esto no tiene vuelta de hoja. Per-
tenece, por consiguiente, a otra persona. Ahora bien,
¿hay acaso alguna sociedad de seguros contra la lluvia o
cosa parecida, cuyos miembros paguen coche a la puer-
ta de todas las iglesias, para que los feligreses no se
viajes en tranvía y de estos rezos, a hora inusitada, es
la existencia de un amante. ¿Quién será el marido?

Debe de ser un hombre acaudalado. La señora viste
bien, y si no sale en carruaje para este género de en-
trevistas, es por no dar en qué decir. Sin embargo, yo
no me atrevería a prestarle cincuenta pesos bajo su pa-
labra. Bien puede ser que gaste más de lo que tenga,
o que sea como cierto amigo mío, personaje muy quieto,
y muy tranquilo, que me decía hace pocas noches:

—Mi mujer tiene al juego una fortuna prodigiosa. Ca-
da mes saca de la lotería quinientos pesos. ¡Fijol!

Yo quise referirle alguna anécdota, atribuida a un
administrador muy conocido de cierta aduana maríti-
ma. Al encargarse de ella dijo a los empleados:

—Señores, aquí se prohíbe jugar a la lotería. El pri-
mero que se la saque lo echo a puntapiés.

¿Ganará esta señora a la lotería? Si su marido es po-
bre, debe haberle dicho que esos pendientes que ahora
lleva son falsos. El pobre señor no será joyero. En
buena alhaja. Por consiguiente, la habrá creído. ¡Des-

graciado! ¡qué tranquilo estará en su casal! ¿Será vie-
jo? Yo debo conocerle... ¡Ah!... ¡sí!... ¡es agüel! No,
no puede ser; la esposa de ese caballero murió cuando
el último cólera. ¡Es el otro! ¡Tampoco! pero ¿a mí,
qué me importa quién sea?

¿La seguirá? Siempre conviene conocer un secreto de
una mujer. Veremos, si es posible, al incógnito amante.
¿Tendrá hijos esta mujer? Parece que sí. ¡Infame! Ma-
ñana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue.
Ese será un crimen; pero un crimen justo. Bien está;
que mancille, que pise, que escupa la honra de ese des-
graciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin, ese hom-
bre puede matarla sin que nadie le culpe ni le condene.
Puede mandar a sus criados que la arrojen a latigazos
y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos ¡po-
bres seres indefensos, nada pueden! La madre los abar-
dona para ir a traerles su porción de vergüenza y des-
honra. Los vende por un puñado de placentas, como Ju-
das a Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen,
sienten, todo lo ignoran; están abandonados a manos
mercenarias; van empezando a desamorarse de la ma-
dre, que no los ve, ni los educa, ni los mimata. Mañana,
esos chiclelos serán hombres, y esas niñas, mujeres.
Ellos sabrán que su madre fue una aventurera, y sen-
tirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero
los hombres, que creen en la tradición del pecado y
en el heredismo, las buscarán para perderlas y no que-
rirán darles su nombre, por miedo de que no lo prosti-
tuyan y lo atrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en
busca de tu esposo y traerle a este sitio. Ya advino
cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta
toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro
sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos
grandes lunas en los muros; pero tu amante, más deli-
cado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un
testigo. La mujer que recibe a su amante viéndose al
espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba y tu

amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entraremos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente se apeó del vagón. Yo vi su traje; no tenía ninguna mancha de sangre; nada había pasado. Después de todo, ¿qué me importa que esa señora se la pegue a su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos, somos casi amigos. Ya la saludó.

Allí está el coche; entra a la iglesia; ¡qué tranquilo debe estar su marido! Yo sigo en el vagón. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

HISTORIA DE UN PESO FALSO¹

¡Parecía bueno! ¡Limpio, muy cepilladito, con su águila, a guisa de alfiler de corbata, y caminando siempre por el lado de la sombra, para dejar al sol la otra acera! No tenía mala cara el muy bellaco y el que sólo de vista lo hubiera conocido no habría vaclado en fiarle cuatro pesetas. Pero... ¡crean Uds. en las canas blancas y en la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido: su cabello era castaño, de cobre, y él por coquetaría, porque le dijeran: "es Ud. muy Luis XVI" se lo había empolvado.

Por supuesto era de padres desconocidos. ¡Estos pobres pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima, y de buen grado los recogería; pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco, está vacío, desamueblado, lleno de aire, y por eso no puedo recibirlos. Cuando alguno me cae procurro col-

¹ Publicado en *El Universal* en 1880 y en *El Partido Liberal* en 1893.

carlo en una cantina, en una tienda, en la contaduría del teatro; pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso. No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en dónde me lo dieron; pero si estoy cierto de cuál es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colocarlo, gracias al buen corazón y a la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio que no se pierde nunca, y como Dios recompensa a los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó mucho en hallar a otro caballero que consistiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que este rasgo filantrópico no fue del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso (y téngase entendido que el comerciante a quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito era un cantinero) no se dio cuenta exacta que iba a hacer una manobra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían obscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su tacto. Pero, sea porque aquel hombre posea un noble corazón, sea porque el coñac predispone a la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos abiertos, pero sí tendiéndole la diestra. Dio un billete de a cinco duros, devolviéndole cuatro al cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero ¡vean Uds. cómo los pobres somos buenos y cómo Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas, siguieron la parranda. ¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Este se quedó en una cantina; ése, en la Concordia, aquél, en la contaduría del teatro... ¡Sólo el peso falso, el pobreón, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando a su ge-